

Selena Millares. *Neruda: El Fuego y la Fragua. Ensayo de Literatura Comparada*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2008.

Neruda fue hasta su muerte un poeta inmenso y oceánico, un verdadero titán de la poesía moderna en su intento hiperbólico y totalizador de verbalizar la realidad y drenarla a través de una poética que hace suyo todo cuanto existe en el Cosmos, llenando sus versos de imágenes y metáforas que proceden del mar o de la tierra, de la fauna o de la flora, del mundo material o de las brumas espirituales. Pocos poetas como él han sabido aunar la pasión literaria con el compromiso político, en un siglo desastroso con sus guerras inacabables y sus totalitarismos siniestros, por el que ha transitado con su voz profética y oracular, inaugurando corrientes literarias, dignificando los movimientos poéticos existentes, homenajando a precursores y maestros, hasta convertir su poesía en un diálogo fascinante con la tradición poética que leyó y amó. Viajero incansable y coleccionista de todo lo imaginable, Neruda fue un bibliófilo zarandeado por las contradicciones de su tiempo, un poeta que mimó hasta la sacralización los ejemplares únicos y raros que atesoró en su biblioteca, al tiempo que pregonaba a los cuatro vientos su actitud antilibresca como un guiño de ojo a las vanguardias literarias que apuntalan su biografía poética.

La extraordinaria complejidad literaria de Pablo Neruda, los múltiples registros que maneja como escritor o como hombre, su influencia y magisterio apabullante ejercido desde cualquier promontorio a lo largo de medio siglo de excelencia con el lenguaje, bien le valen ser uno de los poetas más leídos y estudiados del pasado siglo, lo que lo convierte en una figura única y singular en la literatura chilena e hispanoamericana. Sin embargo, no pocas veces la maraña bibliográfica que crece en torno al poeta termina por arrojar sombras y desviar la atención de su verdadera obra; por eso se hace tan necesaria la presencia y la autoridad de voces canónicas en los estudios nerudianos, como ocurre con la profesora Selena Millares, cuyo libro *Neruda: el fuego y la fragua. Ensayo de literatura comparada* constituye una de las aportaciones más brillantes y fecundas al universo nerudiano de los últimos años. Eminente especialista en todo lo relacionado con el poeta chileno, Selena Millares añade a su vasta bibliografía sobre el autor de *Crepusculario* un nuevo título que no sólo demuestra la madurez con que domina un tema de estas magnitudes, sino que además se adentra en su complejo mundo poético, estableciendo fuentes, influencias, tradiciones, préstamos y profanaciones del canon poético, para explicar, desde su particular criba bibliográfica, todo aquello que pudo contribuir al fascinante sortilegio que convirtió a Neruda en uno de los poetas más grandes de nuestra lengua.

A modo de donoso escrutinio, Selena Millares se pasea por la biblioteca real o virtual de Pablo Neruda, entresacando de los anaqueles aquellos autores y obras que forman parte de su alquimia poética, subrayando las preferencias del chileno que no oculta su fascinación por Baudelaire, Whitman, Darío, Góngora o Quevedo y anotando, incluso, el número de ejemplares que posee de tal o cual

autor o la datación de tales publicaciones como verdaderos tesoros que esconde en el santuario de su biblioteca. Al igual que hiciera Juana de Asbaje – más conocida como Sor Juana Inés de la Cruz- algunos siglos antes, Neruda fue capaz de desprenderse de su biblioteca, cediéndola a la Universidad de Chile en 1954, justo al cumplir él sus primeros cincuenta años de vida. En este gesto, entre doloroso y catártico, descubrimos al hombre que ha hecho suyo todos los libros de su vida, que ha metabolizado cada lectura y cada poeta, que ha fagocitado ristas interminables de versos de todas las épocas para fecundar su propia poesía, untándola en la tradición para luego dejarla volar en medio de las ventoleras de la modernidad. Es así como Neruda resuelve sin problemas el eterno debate poético entre la tradición y la originalidad, eso que Harold Bloom ha llamado «la angustia de las influencias», una forma de libar en la poética del pasado, para construir el presente y el futuro de la poesía, haciendo vigente la vieja sentencia de Petrarca: «las abejas no merecerían fama si no convirtieran lo que encontraron en algo mejor y nuevo».

Neruda fue siempre generoso con sus maestros y predecesores, como demuestra Selena Millares en su libro, sin embargo, es a comienzos de los años 70, próximo a su muerte, cuando el poeta chileno siente la premiosa necesidad de reconocer a sus poetas de cabecera, los que han permanecido a lo largo del tiempo en su particular panteón poético, quizás, como un ajuste de cuentas con su propia biografía literaria y una forma de ofrecerse a las futuras generaciones de lectores. A modo de plegarias, invitaciones o reconocimientos, sus poemas y prosas se llenan de citas bíblicas y clásicas que remiten a un mundo interior forjado en la lectura de las tradiciones culturales de occidente. En otros casos son los versos esgrimidos o espigados como intertextos que nos llevan de los poetas románticos a los decadentes, de los simbolistas a los comunicantes y a los antipoetas, pasando por Góngora, Quevedo o Baudelaire, lo que permite pulsar todo su corpus poético y convertirlo en un gigantesco palimpsesto lírico alimentado por múltiples vasos comunicantes.

Aunque las influencias de la poesía nerudiana son múltiples, Selena Millares focaliza su importancia en dos momentos cruciales del devenir literario: el Romanticismo, con todas sus secuelas (postromanticismo, simbolismo y modernismo) y el Barroco, fascinante siempre en la desmesura con que combate su miedo al vacío, retorciendo la lengua hasta quitarle sus limitaciones y hacerla libre. Quizás sea esta condición neobarroca la que vio el poeta Gabriel Celaya, allá por 1970, al referirse a la poesía nerudiana como «un poder ctónico desencadenado, un volcán y un torrente que lo arrastra todo en sus enumeraciones caóticas, un río gigante que todo lo arrasa y lo borra, una selva en perpetua germinación».

Sin embargo, es el propio Neruda quien se encarga de no borrar sus fuentes, dejando señales inequívocas que permiten al lector orientarse en su particular maleza lírica y encontrar los referentes inexcusables de su formación poética en medio de su portentoso imaginario verbal. Es así como descubrimos la devoción casi mística que tiene por Walt Whitman, maestro primordial y esencial, al que va a dedicar numerosas composiciones (recuérdese «Oda a Walt Whitman» en *Nuevas odas elementales*) y cuyas obras ocuparon un lugar principal en la biblioteca del

Nobel con treinta y cinco ejemplares en inglés, datados entre 1860 y 1972. Neruda comparte con Whitman su dimensión cósmica y mesiánica, su panteísmo y su concepción panerótica del universo, al tiempo que ambos poetas mantienen una actitud de arraigado compromiso social.

El escrutinio bibliotecario de Selena Millares le lleva a subrayar la importancia de algunos de «los mejores poetas de la época poswhitmaniana», como el ruso Vladimir Maiakovski, el uruguayo Carlos Sabat Ercasty o el norteamericano Edgar Lee Masters. De este último leyó y anotó su *Spoon River Anthology* (1915), verdadero monumento lírico escrito contra el puritanismo de la sociedad norteamericana a partir de una colección de epitafios que permite a las voces de los difuntos establecer un diálogo de ultratumba que se adelanta en mucho a la novela de Juan Rulfo. Igualmente importantes son los poetas franceses finiseculares, que se multiplican en los anaqueles de su biblioteca con una intensidad que pone de relieve la pasión que sintió Neruda por los poetas fundadores de la modernidad europea - Mallarmé, Laforgue, Lautréamont, Musset, Nerval, Verlaine, Rimbaud y Baudelaire -, presentes de manera cómplice y disimulada en la poesía del Nobel chileno, a través de la recreación de atmósferas poéticas donde el hastío (*spleen*) y el tedio (*ennui*) sitúan al propio Neruda en la estética del postromanticismo. De este ramillete de poetas finiseculares, Neruda adopta como propio el desasosiego que genera la gran ciudad, siguiendo la estela baudeleriana, y hace suyas las imágenes recurrentes de hospitales y sanatorios como los leídos en *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rilke, que contribuirán a su potencial imaginario (recuérdese «Walking around» o «Enfermedades en mi casa»), haciéndose eco, en todo momento, de la crisis espiritual que atraviesa las postrimerías del siglo XIX, con su amarga vocación nihilista, sus tensiones deicidas, su gusto por el feísmo y su vocación revolucionaria, que va a culminar en *Residencia en la tierra*, obra cumbre de la poesía metafísica.

En este formidable catálogo de lecturas que ilustran y cincelan la formación de Neruda no podían faltar los modernistas, a los que define como «satanes, ángeles oscuros, sacerdotes martirizados de lo más fantasmal y perdido», dejando buenas muestras de su gratitud ante figuras como Julio Herrera y Reissig y Ramón López Velarde, aunque es, evidentemente, Rubén Darío ese «gran elefante sonoro que rompió todos los cristales de una época del idioma español», el poeta al que van dirigidas todas sus gratitudes y alabanzas, y cuya obra *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, es agasajada como una de las cimas de la poesía en lengua española.

En *Neruda: el fuego y la fragua* hay un intento totalizador por estudiar al poeta en los contextos que le tocó vivir, teniendo en cuenta su controvertido paso por las vanguardias literarias, sus relaciones con la antipoesía de Nicanor Parra o su profundo compromiso con las culturas indígenas. También llaman la atención las calas interpretativas que lleva a cabo la investigadora en temas muy resbaladizos como son los intertextos bíblicos, la mitología grecolatina y el mundo americano a través de la cultura chilota. Interesa de manera muy especial su capítulo dedicado a la tradición hispánica, al que ha subtítulo «Bajo el signo de Góngora y Quevedo». Como ya hiciera el gran hispanista Giuseppe Bellini en sus estudios sobre la influencia de Quevedo en la narrativa de Miguel Ángel Asturias, Selena Millares

rastrea con verdadera sagacidad las marcas que la poesía y el pensamiento barroco han dejado en la obra nerudiana. Y no sólo Quevedo y Góngora son objeto de este análisis minucioso: también son debidamente auscultados otros nombres señeros de nuestras letras clásicas como Jorge Manrique, Alonso de Ercilla, al que llama «inventor de Chile», Garcilaso de la Vega o el Conde de Villamediana. Sin embargo, nada produce tanta emoción en el chileno como su relación de amor y muerte con sus coetáneos españoles, aquellos que fueron laminados por la barbarie de la guerra y acallados violentamente con la fuerza de la mordaza franquista a lo largo de una dictadura que parecía, en palabras de García Márquez, un «experimento de la eternidad». Ahí están los nombres señeros de poetas con los que vivió y convivió - Rafael Alberti, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández... -, voces mayores de nuestra historia más trágica con los que Neruda certificó un pacto ideológico que lo acompañaría hasta su propia muerte y que tuvo en *España en el corazón* uno de sus momentos más dolorosos y emotivos.

Neruda: el fuego y la fragua es un libro extraordinario en su madurez intelectual, en sus planteamientos teóricos y en su propia escritura, lo que convierte a Selena Millares en una de las investigadoras más intuitivas y capacitadas de la joven filología española. Su obra no es sólo una puesta al día sobre parte de los *topoi*, mitos y vacíos que presenta la bibliografía nerudiana, también es una propuesta valiente sobre la *poética arácnida* que parece presidir el principio creador del vate chileno. Y Al igual que él, la autora ha sabido tejer a lo largo de los años una fina tela de araña confeccionada con muchas investigaciones de campo y muchas horas de biblioteca en donde prometen quedar atrapados nuevos temas y nuevos enfoques para explicar y acercar a este poeta fascinante, telúrico y cosmopolita, tan inmenso como cercano.

JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA